

Ensayo

Life Forever: memorias de una Inglaterra que puedo ser

Héctor Fouce

Para los del Clifton Campus, desde el futuro

Emma Jones venía de Durham y era difícil entender su inglés. Con el tiempo, aprendería que tu forma de hablar dice mucho en Inglaterra; dice de dónde eres, pero sobre todo quiénes son tus padres, qué hacen y cuánto ganan. Emma Jones ocupaba la otra habitación del ático del piso de estudiantes de Nottingham; era del norte y de clase obrera. Igual que Oasis, fue la primera persona que me hizo escuchar una canción de la banda de los Gallagher. Tendrá siempre un lugar en mi corazón por ese gesto.

En el ático sonaba música todo el rato. Yo ponía el *grunge* y Emma hacía sonar bandas de nombre desconocido, pero con canciones redondas. Las cintas empezaron a ir de un lado a otro: llegaron Blur, Elastica, Supergrass... y Oasis. Yo era un chico de clase media de provincias convencido de haber perdido el pelo de la dehesa en la gran ciudad, pero mi Erasmus en Nottingham fue mi primera experiencia cosmopolita. De repente, me vi en medio de una explosión de lenguas, acentos, razas y clases que aún no habían llegado a Madrid. Eran los años del britpop, del *grunge*, del indie. Yo salía al mundo mientras en las islas resurgía el orgullo de ser inglés, que para los jóvenes que nos rodeaban pasaba por escuchar bandas de rock que evocaban un pasado glorioso en el que el Reino Unido había conquistado el mundo a través de las canciones. Como dice Simon Reynolds, el britpop iba de “canciones cortas, baja fidelidad, minimalismo y guitarras, guitarras, guitarras” (Fonarow, 2006). Felicidad absoluta. En 1994 estaba también eclosionando la música de baile; pero la electrónica prometía un pasaporte al futuro, mientras que el britpop era un viaje a un pasado más brillante, más glorioso y más auténtico. Más británico.

La mediatizada enemistad entre Beatles y Stones en la época del Swinging London se recreaba con la bronca entre Oasis y Blur, enfrentando de nuevo a los pijos de Londres

con los curritos del norte. Faltaban un par de años para que el legado del thatcherismo dejase de ser gestionado por el Partido Conservador y pasase a estar en manos del nuevo laborismo de Blair; un reflejo del éxito de aquellas políticas, a decir de la propia Maggie. Inglaterra podía volver a ser cool, pero para eso tendría que ser sofisticada, moderna y cosmopolita; con una industria volcada en la creatividad y el diseño. El objetivo era marcar el paso a los vecinos europeos, no salir del club. Nosotros estudiábamos a Gramsci, la hegemonía, el poder controlador de las políticas mediáticas del thatcherismo y la discriminación racial. Analizábamos el pasado sin darnos cuenta de la profundidad del cambio que se estaba gestando a nuestro alrededor. Y, al tiempo, arrojados con nuestras camisas de cuadros, nos dejábamos llevar por el estruendo de las guitarras y nos desgañitábamos en las noches estudiantiles del Rock City con los temas de Nirvana, Pearl Jam, Blur y Oasis.

El ascenso de Oasis al panteón del rock inglés fue una sorpresa, incluso para ellos mismos. En el documental *Oasis: Supersonic* (Whitecross, 2016), los miembros de la banda reconocen que el día en que Noel presentó *Live Forever* en el local de ensayo no se podía creer que la hubiera compuesto él. Era una canción redonda, y ¿quiénes eran ellos? Un grupo de chavales de provincias sin grandes ambiciones ni perspectivas, soñando con tener pasta para comprar algo de ropa y pasarlo bien a base de alcohol y cigarrillos con los colegas. Buena parte de la actitud de Oasis está en la primera estrofa de esa canción: “No me interesa ver crecer tu jardín, solo quiero volar”. Una melodía poderosa, cantada con desdén hacia ese otro de mirada condescendiente. Eran una banda con la capacidad melódica de los Beatles, pero con la actitud agresiva del punk; aunaban dos hitos de la historia del pop británico¹. *Live Forever* destila ambición y ganas de despuntar en la misma proporción que rabia y desprecio, por eso es un himno de orgullo juvenil.

¹ La fusión del legado psicodélico y el punk era el sueño de Alan McGee, el dueño de Creation, la discográfica de Oasis y epítome de la independencia británica: “Estaba obsesionado con Syd Barret y Pink Floyd, The Creation, The Small Faces... pero siempre estuve metido en el punk rock, en Joy Division, PIL y cosas así. Era las dos caras de una visión (cit. en Harris, 2003).

“Quizás tú eres como yo, vemos cosas que los demás no ven”. Posiblemente el gran logro de Oasis fue entender que para ser un icono del rock no solo es necesario hacer grandes canciones, sino conectar de forma especial con tu público. “Nuestras canciones son extraordinarias no por las letras o los conciertos, sino por los millones de personas que las siguen cantando hoy” declara Liam a la cámara (Whitecross, 2016). Porque Oasis tenía claro que querían perdurar, pero también marcar el paso de su momento. “¿Qué puede esperar la gente del disco?”, responden antes de la salida de *Definitely Maybe* (Creation, 1994), su primer disco. “Un montón de canciones sobre estar vivo y pasarlo bien”. *Supersonic* recoge varios momentos en los que, desde el escenario, los Gallagher evocan la sensación de poder manejar los sentimientos de la gente a través de sus canciones: “Tú estás tranquilo frente al caos, mientras todos están gritando. Es la mejor sensación del mundo”. *Supersonic* es también el título de la primera canción que interpretaron en televisión, y se compuso en medio de una parada para cenar. “De repente, la gente está cantando tu canción, la que escribiste absurdamente a las tres de la mañana”. Un grupo transparente, auténtico, sin filtros y directo al corazón; el mito de la autenticidad rockera hecho carne. “Necesito ser yo mismo, no puedo ser nadie más. Puedes quedártelo, pero ¿qué estás dispuesto a dar?” (*Supersonic*, 1994).

Oasis era una banda que apelaba al espíritu de la comunidad después de que Margaret Thatcher hubiese arrasado con las comunidades, proclamando que “la sociedad no existe. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias”. Celebraban su herencia obrera e imaginaban un paraíso de clase trabajadora (escúchese *Champagne Supernova*, 1995). Eran conscientes de que el sueño del rock and roll podía esfumarse y lo expresaron a conciencia. En agosto de 1996, llenaron Knebworth dos noches consecutivas: 250.000 personas asistieron a los conciertos, en los que la banda tuvo que acceder en helicóptero. Era un pálido reflejo de su capacidad de convocatoria: 2,6 millones de personas solicitaron entradas para ver esos conciertos, lo que supone un 4% de la población del Reino Unido. “Oasis era entonces un camión ardiendo cuesta abajo. Quizás debimos dejarlo ahí. Pero los currantes no paran” (Whitecross, 2016).

El éxito de la banda fue difícil de digerir. Llegaron los contables, los políticos y la prensa: “Montas una banda, solo quieres una tele grande y una novia buenorra, y de repente toda la gente se arremolina a tu alrededor con maletines de cuero” (Whitecross, 2016). Un día, sin darte cuenta, las conversaciones con los colegas ya no giran en torno a las canciones, los ídolos, las chicas o la ropa, sino sobre números. “Se pierde algo cuando la industria te atrapa”, afirma Mark Coyle, su técnico de sonido, uno de los primeros en bajarse del barco (Whitecross, 2016). “Todo es confusión, nada es lo mismo para mí. No puedo decirte como me siento porque esta forma de sentirme es nueva para mí” cantaban, de forma premonitoria, en *Columbia* (1994).

Llegaron también los políticos. Soplaban nuevos tiempos, la hegemonía conservadora agonizaba. En la universidad, descubríamos los estudios culturales con años de retraso y entendíamos que la violencia de los 80 era el síntoma de la incapacidad de articular discursivamente la sociedad. Pero ese tiempo estaba a punto de caducar. Ya sabíamos el inglés suficiente para escribir sobre las canciones de los Smiths y pensábamos que manejábamos la teoría con fluidez para hacer esos mismos estudios sobre los años del socialismo recién finiquitados en España. El subidón de adrenalina causado por el éxito de Oasis corría en paralelo al “optimismo político y cultural que marcaba la era del Britpop” (Harris, 2003). En la ceremonia de los Brit Awards de 1996, Noel Gallagher, bastante pasado de vueltas, se deshizo en elogios hacia el más que previsible nuevo primer ministro laborista, Tony Blair: “Él es el hombre. Poder para el pueblo”. Alan McGee estaba convencido de que las bandas de su sello Creation iban a poner la banda sonora del cambio político, pero los laboristas renegaron del pop luminoso de guitarras de los Boo Radley (*Wake Up Boo*) para abrazar el ritmoailable de *Things can only get better*, de D:Ream. Aún así, la bandera de la Union Jack adornaba portadas, escenarios y hasta la guitarra de Noel en su concierto en el estadio de su equipo de fútbol favorito, el Manchester City. Faltaban dos años para que el *New Musical Express* sacase una foto de Tony Blair en portada con el titular: “¿Has tenido alguna vez la sensación de que te han engañado? El rock and roll ajusta cuentas con el gobierno” (Fonarow, 2006).

Más británica que el té de las cinco o que la bandera de las tres cruces es la prensa sensacionalista, que encontró en Oasis un filón para sus llamativas y mentirosas portadas. Eran perfectos: unos palurdos de clase obrera sin pelos en la lengua, que destrozaban hoteles, se metían en peleas, aparecían borrachos y eran amorales. Tras arremeter contra las viejas glorias que les entregaban los Brit Awards, Liam lanzaba una andanada ante los micrófonos: “Todo el mundo toma drogas. Es tan común como levantarte y tomarte un té” (Whitecross, 2016).

Munición para el *Daily Mail* o *News of the World* —diario que tuvo que cerrar en 2011 tras saberse que había manipulado pruebas y espiado a cientos de personajes públicos y ciudadanos anónimos— (Davies, 2014). Los tabloides nunca se han caracterizado por su amor a la clase obrera, a la que desprecian e insultan de continuo (véase *Chavs*, de Owen Jones, 2012). Las drogas eran el tema perfecto para retratar a una juventud desquiciada, amoral y consentida; la cara menos brillante de la *Cool Britannia* que asomaba y que amenazaba los valores conservadores. Oasis no rehuyó el cuerpo a cuerpo: “Me da igual lo que digan mientras salgamos en portada”. Pero, sin darse cuenta, poco a poco, el camión se deslizaba por la pendiente y comenzaba a arder.

La madre de los Gallagher se había largado una noche, con sus tres hijos, harta de los abusos de su marido. Este no volvió a dar señales de vida hasta que asomó la nariz en medio de la fiesta que daban tras su concierto en Dublín, toda una celebración de su orgullosa ascendencia irlandesa, con el consecuente cabreo de los hijos. *News of the world* hizo pública la conversación en la que Noel le advertía de que si lo volvía a ver le partiría las piernas. Más escándalos, más titulares y más periódicos vendidos. “El día que tu vida pasa a la prensa amarilla ya has pasado al lado oscuro” (Whitecross, 2016).

Los titulares de prensa que hacían estremecerse a toda la nación, igual que la fe en los políticos o la necesidad de salir en la tele para promocionar un disco, evocan una era que ya no existe, que ha sido devorada por el escepticismo, las redes sociales y los *influencers*. La historia de Oasis, como reflexiona Noel Gallagher, solo fue posible antes de la era

digital, de los *talent shows* y los *realities*, antes de entrar en una cultura orientada al famoseo y a las audiencias de nicho (Whitecross, 2016).

“Al final, nada de esto importará y lo que quedará serán las canciones” (Whitecross, 2016). Pero las canciones siempre hablan de un tiempo y de un país, de la gente que las hizo suyas y las incorporó a una memoria que ya es colectiva. Treinta años después de su eclosión, las canciones de Oasis nos hablan de quienes fuimos y también de quienes pudimos ser. Visionando *Oasis: Supersonic* (Whitecross, 2016), con todos los titulares, las actuaciones en la tele, los conciertos y las canciones, se activó el túnel del tiempo y volví a Nottingham, a los estertores del *thatcherismo*, a los estudios culturales y a la esperanza por un tiempo nuevo que no lo fue tanto. Cada generación, si tiene suerte, tiene su supernova, ese momento en el que todas las canciones hablan de ti. Caer en la Inglaterra del *britpop* me hizo, sin duda, ser en buena medida quien soy ahora, como fan, como académico, como ciudadano y como persona. Y si bien nunca rompí una tele, ni fui expulsado de un ferry, ni desprecié a las estrellas de la edad dorada del rock o hice un corte de mangas al primer ministro, hay un poquito de las canciones de Oasis, y de Emma Jones, en mi vida cotidiana. Al menos, tras un mal día, siempre me queda el consuelo de que hay por ahí una canción de Oasis que quizás, “quizás sea la que me salve” (*Wonderwall*, 1995).

Referencias

- Davies, Nick. 2014. *Hack Attack: How the truth caught up with Rupert Murdoch*. London: Chatto & Windus.
- Fonarow, Wendy. 2006. *Empire of dirt. The aesthetic and ritual of British indie music*. Middletown: Wesleyan University Press.
- Harris, John. 2003. *The last party. Britpop, Blair and the demise of English rock*. London: Fourth State.
- Jones, Owen. 2012. *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.

Whitecross, Mat (dir.). 2016. *Oasis: Supersonic*. Video. Mint Pictures, Nemperor, On The Corner Films.